

Pablo Cazaux

Muertos a la carta



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

IX Premio Tristana de Novela Fantástica
convocado por el Ayuntamiento de Santander.

© Pablo Cazaux, 2017

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CALAMO, S. L.], 2017

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Imagen de portada: *Kitchen* (detalle), de Unsplash (Pixabay | © Creative Commons)

ISBN: 978-84-15740-45-2

Dep. Legal: P-80/2017

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 Palencia (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Lily, por supuesto

Agradezco al chef Javier Amadeo por su aporte para este libro. Él me explicó y me hizo comprender lo que siente un chef en la cocina. Por otro lado, las recetas que en esta novela aparecen son de su autoría.

«Ay, la violencia pide oscuridad porque la oscuridad engendra el sueño y podemos dormir soñando que soñamos.»

En la tierra de en medio
ROSARIO CASTELLANOS

PRIMERA SEMANA

LUNES

Ciervo a la Trust

Lo primero que escucho cuando dejan la carta y me llaman es:

—¿Qué me recomienda para hoy?

Se trata de gente solitaria, que llega a último momento y necesita que uno decida por ellos. No les digo nada porque es mi trabajo, el elegir, pero antes necesito que ellos sepan algunas cosas de ellos mismos.

Generalmente llegan al Le Rêvé a las diez, se sientan en una mesa para dos, alejada del ruido y de los otros comensales y piden la carta. Hablan con el mesero, después con el *maître* y finalmente piden por mí: el chef.

Ellos creen que todo ese círculo de intermediaciones es casual. Nada es casual. Ni aquí adentro ni allá afuera. El mundo es una explosión masiva de causas y consecuencias. Pero ellos no lo saben.

Es entonces cuando me acerco con mi vestimenta de punta en blanco, saludo con una sonrisa y escucho la pregunta.

—Depende —les digo—. No se puede comer cualquier cosa.

—¿A qué se refiere?

—A que primero debo saber algo de usted, y usted debe saber algo de sí mismo. Entonces voy a poder pensar en un plato especial para usted.

—¿Qué quiere saber?

El hombre o la mujer ya han entrado al juego. Necesitan hablar porque necesitan entender. Aunque también les gusta la exclusividad de un plato. Me invitan a sentarme a su mesa y empiezan a hablar sin que yo les pregunte nada. Después de un rato sí, voy introduciendo mi bisturí como si seccionara un alimento. Lo corto y voy viendo hacia adentro. Ellos también pueden verlo. A veces se niegan. No les gusta lo que puedan encontrar. Pero yo los llevo en esa dirección hasta que terminamos y me voy a cocinar.

Pero mi trabajo no termina solo en la cocina. Navega hasta las profundidades del alma humana que se ve desprotegida. Yo no elijo, ayudo a tomar la decisión.

Mi trabajo es complejo y duro, pero en el fondo caritativo.

Sé cocinar. También sé elegir los caminos.

Ese lunes, cuando entró y caminó hasta la mesa solitaria del fondo, supe que me iba a decir que al día siguiente mataría a un hombre.

Era alto y flaco, el pelo canoso peinado hacia atrás con gomina, la cara poblada de ángulos como si se la hubiesen

desfigurado a martillazos. Llevaba una gabardina por encima del traje y un portafolios de cuero que puso en el piso junto a la pata de la silla. Pero del lado de la pared para que nadie se lo pudiera robar.

Pidió uno de los vinos más caros y, mientras lo probaba, estudiaba la carta que yo había confeccionado para esa semana. Los demás comensales estaban felices y hacían gestos de aprobación después de cada bocado. Sin embargo, el hombre alto iba y venía por las páginas satinadas sin decidirse por nada. Como todos, llamó al camarero, después al *maitre* y, finalmente, a mí.

Me acerqué con las manos entrelazadas detrás de la espalda y sonreí. Abrió la boca para preguntarme qué le sugería pero la cerró. Me devolvió la sonrisa y me preguntó:

—¿Podría sentarse un minuto?

—Sí —le dije sentándome frente a él—. No es lo común, pero como habrá visto, este restaurante no es común. Además estoy por cerrar la cocina.

—Disculpe —dijo el hombre levantando la mano—. Tomo mi vino y me marchó.

—No le dije que se marchara. De hecho, voy a cocinar un plato especial para usted.

—¿Y por qué haría eso?

Hice un silencio que traté de prolongar como si estuviese pensando una gran respuesta. Puse mis ojos en su copa y antes de que pudiera negarme, le estaba haciendo señas al camarero para que trajera otra copa. Sirvió un

poco de vino y me lo ofreció. Tomamos al mismo tiempo. Lo paladeé unos segundos y después le dije:

—Usted quiere contarme algo y yo quiero escuchar su historia. Así que voy a devolverle su historia con un plato especial.

El hombre dejó la copa y rio.

—¿Qué significa especial?

—Que su historia, la forma en la que cuente su historia, tienen que inspirarme para que yo piense en un gran plato.

—¿Sin receta?

—Sin receta. Solo intuición y creatividad.

El hombre soltó el aire y se pasó la mano por el pelo. Su cara era espantosa, deforme, triste. Parecía un hombre rendido.

—Qué diría usted si supiera que soy un asesino a sueldo y que en el maletín llevo mis instrumentos de trabajo.

Tomé otro trago de vino hasta vaciar la copa y la dejé en el centro de la mesa avisando que no tomaría más.

—Le diría que es un trabajo peligroso. Jugar con la muerte es siempre un trabajo peligroso.

—Se equivoca. Yo no juego. Yo planifico mis trabajos, los estudio, los hago parte de mi vida. Como usted con la cocina.

Sonreí.

—No se crea —le dije tamborileando los dedos sobre la mesa la música de Miles Davis que sonaba suave de

fondo—. Me gusta cocinar, me gusta improvisar e inventar. Pero cuando cruzo esa puerta soy otra persona.

El hombre se estaba poniendo nervioso.

—Yo soy todos los días otra persona. Cada víctima requiere un victimario distinto. No se puede matar a mansalva, como a los animales. Hay que tener método y razones. Las mías son económicas, pero no sé por qué le estoy contando esto.

Me encogí de hombros y el gorro se ladeó hacia la izquierda.

—A la gente le gusta hablar conmigo. Les parezco alguien confiable. Además, usted me invitó a sentarme.

—Tiene razón, disculpe.

—Está bien. Hablábamos de matar con método.

—Exacto. —Volvió a entusiasmarse y a llenar la copa—. El método incluye la transformación. Míreme.

Lo hice pero no dije nada.

—Esta cara es ahora mi cara real. En todos los trabajos se transforma en otra cosa: un anciano, un mendigo, lo que sea, lo que haga falta. Yo conozco a mi presa. Ellos me dan los datos pero yo hago el trabajo complementario: la estudio. Sigo sus pasos durante días. Sé todo sobre ella: qué come y a qué hora, si tiene amante o es un solitario, qué diario lee, qué piensa de política. Conozco a sus parientes y amigos...

—Una especie de dios.

—No se burle. Esto es muy serio y por eso soy el mejor.

—¿El mejor asesino?

Me miró con sus ojos azules, fríos, empequeñecidos por las deformaciones de los huesos.

—Usted lo sabe —me dijo.

—Yo solo sé cocinar —repliqué—. ¿Qué tengo que saber?

—Que mañana voy a matar a un hombre.

El camarero se acercó para tomar el pedido pero le hice una seña para que se fuera. El pedido lo decidía yo.

—¿Y cuál es el problema? Ya ha matado antes muchas veces. Es parte de su vida. Usted decide sobre los demás. No veo el motivo...

—No lo ve porque no sabe nada de esta profesión. La palabra vale más que el dinero. Hace un año debería haberlo matado. No, menos de un año, algunos meses. Bueno, no importa el tiempo en este caso. La cuestión es que me pagaron la mitad y el resto lo cobro una vez terminado.

—Bueno —dije levantando la voz. Había comenzado a llover otra vez y la gente se levantaba de sus sillas para irse antes de que el vendaval fuera a peor—, cobrará pasado mañana, cuando haya hecho el trabajo.

El hombre miró a la gente y tocó su gabardina.

—Está seca —dijo—. Qué raro. Cuando llegué estaba mojada.

—Le habrá parecido.

—Yo estoy seguro de esas cosas. No puedo darme el lujo de equivocarme.

—Sin embargo.

—Sin embargo qué.

—Su víctima logró escapar.

—Ah, sí —dijo y miró hacia el vino. Estaba confundido, hablando conmigo pero pensando en otras cosas que no podía entender—. No sé cómo lo hace pero siempre está un paso adelante. Con él abandoné el método. Ahora solo quiero asesinarlo y no me importa que no parezca un suicidio.

—¿Tiene hambre? —lo interrumpí.

—No. ¿Por qué?

—Porque toda la gente se está yendo y tengo que ir a pensar en su plato.

—Ah, cierto —reaccionó—. Vaya, yo tengo algunas cosas en qué pensar.

Levantó el maletín, lo puso sobre la mesa y sacó un bloc de papel, una lapicera de tinta, un mapa y varios recortes de diarios de distintos países.

Me fui a la cocina. Pensé en ese hombre y en su trabajo, pero más que nada en su destino de seguir tratando de encontrar a una víctima que siempre iba por delante de él. ¿Qué podría cocinarle?

Me acordé que ese lunes a la mañana, un cazador vino al restaurante. Un tipo agresivo, vestido de militar con una gorra de beisbolista. Estaba borracho. Traía carne envasada al vacío en un bolso de cuero curtido. Los alrededores eran todo bosque y vivían muchos jabalíes y ciervos esquivando el asfalto y las balas de cazadores como ese.

La cuestión era que el tipo vendía carne de animales salvajes a buen precio. Me dejó un lomo de ciervo que cuando lo abrí apestaba y sangraba. Mi chaqueta se salpicó. Lo dejé un par de horas abierto, sobre una placa con agujeros para que filtrara la sangre. Mientras la sangre caía, secando el lomo, el lavaplatos me adulaba con discursos sobre el arte de la cocina. Lo miré y sin gritar le dije que si no se callaba lo mandaría otra vez a lavar las escaleras.

Le di un par de horas a la carne. La temperatura del ambiente ayudó. Luego la envolví con un trapo y la puse en el refrigerador. Las bacterias ya no actuaban y se sentía el aroma dulzón, así que luego de cuatro horas decidí que el lomo estaba listo. Era una carne elegante, de un rojo macizo, marmórea. Un bordó opaco con algunas betas blancas. Una carne de fuerte y tierna consistencia. Un excelente animal al cual le hubiera deseado otro tipo de cazador. Cuando entendí esos colores opacos me acordé de B. Easton Ellis describiendo el temperamento de sus personajes y fui a la despensa a buscar frutos secos turcos. Los turcos se caracterizan por la calidad de sus frutos secos. Había pensado en hacer una salsa de higos secos pero la carne noble me impedía un sabor tan penetrante. Encontré unas ciruelas secas opacas como el lomo y las combiné con un poco de *echalotte* y romero. Me faltaba darle brillo así que agregué un poco de *bordeaux* y miel turca para neutralizar la acidez del vino. Otro ramo de romero le daría personalidad y un poco de equilibrio con su lado amargo. La carne de ciervo es dulce, el resultado

de la salsa es un dulce-amargo. Llegar a ese punto es bueno. Faltaba el acompañamiento. Dulce con dulce: herví unas zanahorias con poca agua, azúcar, vinagre de vino y salvia para neutralizar tanto dulce. A media cocción las puse en agua con hielo para que no perdieran consistencia y cortaran definitivamente la cocción y luego en una sartén puse vainilla de Madagascar con un poco de manteca y pimienta negra molida de una forma rústica para contrarrestar el dulce con el picante.

A la noche, mientras sacaba todo del refrigerador, pensé en col blanca, que cortada fina y salteada en la sartén con un poco de ajo y romero le daría ese toque aromático y salvaje que la carne necesitaba para equilibrar su dulce. La cena estaba lista.

La emplaté poniendo la salsa abajo del lomo. Las verduras por encima de forma armónica pero con la intención de que se vieran todos los productos utilizados. Cuando lo puse frente a sus ojos, disfruté de su sonrisa. Era exactamente el plato que esperaba. Con los cubiertos levantó la carne y tocó todos los ingredientes. Parecía como si tratara de descubrir algún truco. Cortó la carne sangrante y la probó. Vi sus lágrimas, y aunque pareciera exagerado, ese plato era especial. Ese plato no era solo comida. Había memoria, tacto, sensibilidad perdida, años devorados por el trabajo de matar a cambio de dinero. Probó las verduras y cerró los ojos. Las lágrimas no se detenían.

—Mi abuela cocinaba ciervo para las fiestas, cuando el mundo era otra cosa.

—¿Lo cocinaba así? Este plato es exclusivo.

—No, así no. De muchas maneras pero nada como este. Me ha hecho llorar de la emoción, y la emoción no está permitida en mi trabajo. Uno no puede sentir nada cuando tiene que matar a alguien. Una vez maté a un diplomático. Su familia volvió antes de un paseo y tuve que liquidarlos a todos, incluso al niño. Durante meses no me llamaron para ofrecerme nada, decían que era demasiado cruel.

—¿Había necesidad de matarlos a todos?

—No se pueden dejar rastros y los testigos son rastros. Yo duermo con un ojo abierto y el arma bajo la almohada. Pienso todas las noches que alguien me va a delatar o que dejé un cabo suelto y alguien va a tirar de él hasta dar conmigo.

Tragó dos pedazos de carne seguidos empapándolos con la salsa. Tomó un trago de vino. Estaba extasiado. La tristeza con la que había llegado fue demolida por los sabores y porque el hombre empezaba a encontrar el rumbo. Siempre pasaba así con el primer plato que les preparaba.

Afuera la lluvia había parado. Fue como un chaparrón para que la gente decidiera pagar su cuenta e irse y dejarnos solos. Los camareros estaban juntando todo y los ayudantes cerrando la cocina. Sin embargo, el hombre no se percató de ningún movimiento alrededor. Sus ojos azules iban del ciervo a mí en forma alternada.

—¿Cómo se llama este plato?

—Le puse Ciervo a la Trust. *Trust* es un disco de Elvis Costello que trascendió las tendencias musicales, y que B. E. Ellis lo nombra todo el tiempo en *Less than zero* con sus lentes de carey. En honor a Ellis y a Costello lo llamé así. ¿Le gusta?

—Es maravilloso, el plato y el nombre. Debería registrarlo.

—Este plato es solo para usted y nació de su historia, de no poder matar a alguien teniendo tanta experiencia. ¿Qué hacía con esos papeles?

—¿Papeles?

—El mapa, el anotador, los recortes de diarios de distintos países.

El hombre endureció su cara aún más. No estaba acostumbrado a que supieran tanto de él.

—¿Por qué lo pregunta?

—Curiosidad —dije y chasqué los dedos. Un muchacho se sentó frente al piano y empezó a tocar sinfonías de Beethoven. El hombre quedó pasmado.

—¿Cómo sabía?

—¿Lo de Beethoven? Digamos que fue una casualidad. Le preguntaba porque que nada me interesaba saber lo de los recortes.

El hombre puso sus dos manos en la cara. La comida y la música. Algo no estaba bien en ese restaurante. Algo se iba corriendo hacia el centro y él volvía a hacer todo el recorrido desde el día en que le encargaron matar a esa persona. Me miró.

—¿Quién es usted? ¿Lo mandó la agencia? —me preguntó vehemente.

—No —sonreí—. Solo soy un chef con suerte. A la gente le gusta hablar conmigo y me cuenta sus cosas. Pero no se preocupe, todo lo que usted me contó está puesto hoy en ese plato. Ni una palabra saldrá de este restaurante.

—¿Qué quiere decir con hoy? ¿Se supone que vendré otra vez?

—Lo espero la semana que viene, cuando resuelva su problema.

—Mi problema no tiene solución. El tipo es muy listo y muy hábil. Y yo estoy cada día más viejo. Lo he seguido por toda Europa y nunca pude darle alcance. ¿Cómo supone que voy a resolver esto en una semana?

—Hay veces que las cosas se resuelven cuando no se resuelven.

—Lo que usted dice es que tengo que abandonar. No, jamás. No me importa el dinero. Ya me gasté la mitad que me dieron y tengo ahorros para retirarme...

Se calló de golpe, como si lo último que dijo no debiera haberlo dicho.

—Es su último trabajo, ¿verdad? —inquirí—, y por eso quiere terminarlo.

—Y porque soy un profesional.

—Ya me lo dijo.

—Escuche: usted debería ser psiquiatra o algo así. Terapeuta.

Me reí y el pianista giró su cabeza y rio conmigo. Las

luces se habían apagado y solo quedaba la lámpara que iluminaba la mesa del hombre. El resto era oscuridad.

—Lo único que hago es cocinar y trato de ser creativo para no aburrirme.

—Y para no repetirse.

—Exacto. Uno se repite todo el tiempo hasta convertirse en alguien parecido a sí mismo. Darle un toque distinto nos ayuda a ser más felices.

—¿Podría anotar eso en mi libreta? —preguntó entusiasmado.

—¿Para sus memorias? —respondí sin dejar de reír.

—Yo no tengo memorias. Todo fue destruido. Después de cada trabajo hay que desaparecer y ser una persona nueva. No, es solo que me gustó esa frase. Aunque yo haya quemado todos los rastros que podían identificarme, en cada trabajo me repito a mí mismo, al anterior. Ellos no lo saben pero yo sí. Conozco todas las maneras de matar y las usé todas. Pero no son infinitas, en algún momento tengo que volver a ahorcar con los guantes de cuero o usar veneno o disparar desde una terraza. Y cuando hago eso siento que ya lo hice, que me replico... ¿muy filosófico lo que le estoy contando?

—No me está contando nada. Me está diciendo que se siente como un espejo o como alguien destinado a hacer las cosas una y otra vez.

—Sísifo.

—Exacto, cargando la piedra para dejarla caer y vuelta a cargarla para dejarla caer. Un castigo de los dio-

ses. ¿Se da cuenta? Usted, en algún aspecto, se parece a Sísifo: mata pero tiene que volver a matar porque no hay solución en la muerte. ¿Cuántos asesinatos cometió?

El hombre agarró la botella de vino para servirse pero estaba vacía. Hice un gesto y de la oscuridad apareció una mano enguantada con otra botella. Llené las dos copas y brindamos por los mitos.

—Y por su comida —dijo.

Agradecí con un gesto de cabeza. Bebimos y escuchamos un poco de música. El hombre no quería irse y buscaba tema de conversación pero no lo encontraba.

—No hay apuro. Yo puedo quedarme hasta la hora que sea.

—No quiero ser una molestia. Usted se ha portado muy bien conmigo.

—Todo eso que nombró es parte de mi trabajo, pero además me gustan las historias. ¿Cómo es que no pudo matar a su último encargo?

El hombre suspiró. Su cara se perdía en las sombras de una luz que cada vez se hacía más tenue. Estábamos solos él y yo. El personal había salido, como siempre, por la puerta de atrás. Jugueteeó con sus manos ya torpes por el vino y miró la mesa, la madera de roble rayada y reconstruida durante cientos de años. Era su nuevo interlocutor.

—Le voy a decir primero lo de los diarios.

—Empiece por donde quiera.

—La futura víctima es un hombre de la justicia muy importante. Viaja por toda Europa dando conferencias,

congresos, asesoramientos. Yo lo seguí todo ese tiempo y guardé los recortes que los diarios sacaban de sus participaciones. En el mapa tengo anotado su recorrido y en la agenda, de lo que habló. Pero además tengo todos sus datos personales. No los que me suministró la agencia, sino datos que fui consiguiendo durante ese tiempo: escuchas casuales de vecinos y empleados de la justicia, papeles de la basura, datos que me pasaba el camarero del restaurante donde suele comer. Tengo toda su vida en mis manos. Hasta viajé a la casa de su infancia y recorrí los colegios por los que pasó. Yo sé más de él que él mismo. Debe de haber miles de cosas que olvidó y yo las tengo registradas en mi libreta y en mi mente. Yo podría hacerme pasar por él y nadie notaría la diferencia.

—Sin embargo no pudo matarlo todavía. ¿Cuántos meses? ¿Años?

El hombre, ya casi en la oscuridad, se sirvió más vino. Su mano temblaba hasta que el pico de la botella rompió la copa. Se derramó un poco de vino sobre la mesa pero el líquido se quedó quieto como si fuese un estanque.

—No se preocupe, ya lo limpiarán mañana. ¿Quiere mi copa?

—Por favor.

—Tome. —Se la extendí llena y el hombre la tomó y bebió como un sediento—. No respondió mi pregunta.

—No lo sé —dijo inquieto—. Pueden ser años o meses. Debe de ser el vino.

—¿Y cuál era el plan?

—La agencia me pidió que pareciera un suicidio. Pero no con venenos sino con un balazo. Era fácil. Lo había hecho muchas veces. Decenas. Solo hay que ser persuasivo o infundir mucho temor. Con la persuasión, usted logra que la víctima lo haga por sí misma: uno se pone detrás y le explica que si no aprieta el gatillo las consecuencias van a ser mucho peores. La víctima llora pero comprende y aprieta el gatillo. En el arma están sus huellas y en sus manos la pólvora. Hay que dejar todo prolijo, eso es lo único.

—¿Y el temor?

—Es más complicado porque hay que ser convincente. Amenazarlo de todas las maneras posibles. Ejercer violencia, pero no física, salvo al momento de ahorcarla y que parezca que lo hizo por sus medios. Hay que estudiar bien el campo. Pero es mi trabajo y durante días entro en las casas para ver las diferentes posibilidades.

—Pero con este hombre no pudo.

—No. Nunca. La primera vez lo esperé en su departamento. Estaba en arreglos porque el techo se había humedecido y había todo tipo de herramientas y escombros. Yo tenía fotos de él con otro hombre. Podía empezar por ahí. Pero se rio de mí y de las fotos. Tomó whisky a morro y, llorando, me dijo que esa relación había terminado y que ya no le importaba nada. ¿Cómo se hace para matar a un hombre en esas condiciones y que parezca un suicidio? Le hablé de su padre y su madre, de la infancia y

la adolescencia, de todas las miserias por las que había pasado hasta llegar a ser un hombre tan importante.

—¿Y él qué le dijo?

—Se enojó. No era lo que yo quería. Mi idea era desmoralizarlo y mostrarle que su vida no valía nada. Pero el efecto fue el contrario. Nos trezamos en una pelea que destrozó el departamento. Y ahí las cosas se complicaron.

—¿Por qué?

—Porque se me hizo una laguna. No sé si me golpeé con algo. Fue un segundo. Pero cuando abrí los ojos él ya no estaba. Y ya no estuvo nunca más porque abandonó el departamento en arreglo y se fue a un lugar más seguro al que no pude acceder. Hasta que decidí matarlo de cualquier manera, pero me fue imposible siempre: el arma se trababa, alguien se ponía delante, adivinaba mis escondites y huía más rápido que yo. Así fue este tiempo.

—¿Y cómo lo va a matar mañana?

—Porque averigüé dónde va a ir a cenar. Voy a entrar en la cocina —me hice amigo del dueño en este tiempo— y voy a envenenar su comida y la de su amante. Y después voy a salir y lo voy a rematar para asegurarme.

Nos tomamos un respiro para escuchar la lluvia que había empezado a caer nuevamente. Era hora de ir terminando.

—¿Qué cree que va a pasar? —le pregunté sacándole la copa de vino de la mano derecha.

—Creo que no va a ir, y que otra vez voy a fracasar.

Me levanté y él hizo lo mismo. Se puso la gabardina y miró la lluvia que empapaba las ventanas.

—Lo llevo —le dije agarrándolo de un brazo.

—No se preocupe —dijo soltándose—. Puedo caminar. Estoy cerca de acá.

—Con más razón. Yo tengo el auto y voy para su lado. Lo alcanzo.

Levantó su portafolio y caminó hacia la puerta. Yo cerré el restaurante como lo hacía siempre: antes del amanecer, antes de que se desvaneciera la noche.